

Uno

*Lago Chon, cerca de Aberfoyle,
en las Highlands escocesas, 1816*

Una densa niebla envolvía los *ghillie brogues*¹ de piel de cordero que calzaba Liam y le impedía ver por dónde caminaba. Aun así, era vital andar con sigilo, pues justo ante él, entre los árboles, se distinguía el campamento de los franceses. Se preguntaba cómo habrían logrado seguirle la pista hasta Escocia. Evidentemente, aún lo estaban buscando, resueltos a matarlo, igual que cuando estaban en el continente.

Liam se agazapó tras un árbol y los observó. Se habían detenido a hacer noche y ahora descansaban, tumbados alrededor de una hoguera, ajenos al peligro que les acechaba al otro lado de los árboles, mientras uno de ellos asaba un pequeño animal... «¡Dios, ojalá pudiera ver a sus hombres!»

Sin embargo, sus compatriotas británicos lo esperaban lejos, al otro lado del campamento francés. Liam se

1. Los *ghillie brogues* son unos zapatos de piel muy resistentes, atados con cordones ornamentales, que se usaban antiguamente en Irlanda y en las Highlands escocesas. (*N. de la t.*)

quedó inmóvil; había intentado caminar, pero la espesa niebla se lo impedía. Además, sentía como si le hubieran atado pesos en las piernas o como si las intentara arrastrar por dentro del agua.

De repente, a su derecha, distinguió un destello de color: ¡Un soldado francés! Liam se llevó en seguida la mano a la cintura para buscar su daga, pero no la tenía; debía de haberse desprendido del cinturón de su *kilt*.² El soldado, que volvía de hacer sus necesidades, se asustó al descubrirlo y buscó su pistola. La daga... ¿dónde estará la daga? No había tiempo para pensar. Liam se puso en cuclillas, con un movimiento ágil desenvainó el *sgian dubh*³ de empuñadura de ébano que guardaba en las medias y se abalanzó sobre el francés antes de que éste pudiera gritar.

Los dos cayeron al suelo, y Liam, colocado encima, golpeó el pecho de su rival dejándolo sin aliento mientras la pistola de éste volaba por los aires y se perdía entre la niebla. Entonces, de manera rápida y silenciosa, como si se tratara de un animal, degolló al francés tal y como le habían enseñado a hacerlo. Después se alejó rodando y se quedó en cuclillas, con los brazos hacia adelante, esperando al siguiente soldado.

«¿Qué había sido eso?» Parecía un suave silbido... ¡Aquel maldito francés, no sabía cómo, había logrado avisar a los demás! «Dios mío, pero ¿dónde se habían metido sus hombres?» Respirando ruidosamente, Liam

2. El *kilt* es una falda tableada hecha de tartán que forma parte de la vestimenta tradicional masculina de las Highlands. (*N. de la t.*)

3. El *sgian dubh* es una daga ceremonial, incluida en el atuendo tradicional masculino de las Highlands y que se lleva junto con el *kilt*. Su nombre, que proviene del gaélico, significa «cuchillo negro» porque su empuñadura solía ser de este color. (*N. de la t.*)

avanzó un paso, pero sintió que algo rozaba su oído. Instintivamente lanzó un golpe. Dio un paso más y percibió otro movimiento a su izquierda. Cuando se giró bruscamente no pudo menos que ahogar un grito al ver al mismísimo trol de dos cabezas, el que (¿podía ser eso cierto?) se le aparecía en sueños cuando era chiquillo.

No tenía tiempo para pensar. El trol avanzó hacia él, balanceándose para mantener en pie su pesado y voluminoso cuerpo. Algo empujaba a Liam por la espalda y le hacía perder el equilibrio, pero él no hacía caso; estaba pendiente del trol que venía hacia él con las manos extendidas, como si quisiera agarrarlo. El corazón le latía con fuerza. Liam cogió el *sgian dubh* manchado de sangre y se preparó para el ataque. Justo en el instante en que se arrojaba hacia el trol sintió un pinchazo agudo en el trasero, como si alguien le hubiera clavado un buen puntapié...

Al abrir los ojos vio a su hermano Griffin junto a él, con una pluma en la mano, y recordó, todavía aturdido, que la guerra contra los franceses había acabado.

—Estabas soñando otra vez, chico —dijo Griffin seriamente, y añadió con una sonrisa de medio lado—; espero que fuera un sueño bonito.

—¡Buf! —gruñó Liam, y dio una vuelta sobre la cama para acabar enterrando la cara bajo la almohada—. Grif, ¿por qué tienes que molestarme siempre? ¿Es que no puedes dejar dormir a la gente?

—El sol está brillando sobre las aguas del lago, Liam. Nuestra madre ha preguntado por ti y Payton Douglas ha venido a verte; ¿no le habías prometido que le ibas a dar una clase de esgrima?

Por supuesto que se lo había dicho.

—Sí, —dijo entre bostezos—, lo hice.

Se apartó la almohada de la cara a regañadientes y parpadeó debido a la luz que entraba en la habitación. Una vez más, sus batallas nocturnas contra los franceses le hacían levantarse bañado en sudor. Estaría mejor cuando su regimiento se desplegara de nuevo y pudiera por fin olvidarse de aquellos sueños.

—Nuestro padre vuelve hoy de Aberfoyle —comentó Griffin, cruzando la habitación hasta llegar al escritorio de la pared para examinar las cosas de Liam—. Además, nuestra madre te quiere ver hoy a la hora de la cena. —Le lanzó una mirada—. No le hace ninguna gracia que estés por ahí dando vueltas de madrugada.

Liam se limitó a ignorar el comentario; su familia no comprendía que quisiera seguir ejercitando sus habilidades, algo que sólo podía hacer mediante una serie de maniobras tanto diurnas como nocturnas. Recostado sobre los codos, observaba cómo su hermano Griffin cogía una bolsa muy bonita hecha a mano que le había comprado a un curtidor cerca del lago Ard.

—Agradecería que dejaras eso en su sitio —dijo mientras su hermano husmeaba en su interior.

Con una carcajada, el hermano lanzó de nuevo la escarcela sobre la mesa. Acto seguido cogió el *plaid*⁴ que Liam había dejado sobre la silla. Acarició una esquina de la tela y tanteó su peso. Griffin, que nunca había mostrado interés por el estilo tradicional, vestía unos ajustados pantalones negros, un chaquetón marrón oscuro de tejido muy fino y un chaleco color oro pálido con rayas azules de diversos tonos que a Liam le recor-

4. El *plaid* es un corte de tartán rectangular que se lleva colocado sobre el hombro izquierdo como parte del atuendo tradicional masculino de las Highlands. (*N. de la t.*)

daba a una bandada de pavos reales; en particular, a esos pavos sobrealimentados que se paseaban por los jardines de la finca que la familia poseía en Talla Dileas.

—Fue la anciana viuda de McDuff quien tejió esa tela —le informó Liam.

—Pues claro, ¿quién, aparte de ella, hace esas telas hoy en día? —comentó Griffin al tiempo que dejaba el *plaid* en la silla y se volvía hacia Liam. Entonces se sentó, con los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna sobre la otra, y observó el torso desnudo de su hermano—. Dime, ¿fue en el ejército donde te enseñaron a dormir con el culo al aire?

—No —dijo Liam, sacando las piernas por un lado de la cama—, he aprendido a dormir con el culo al aire en las habitaciones de las señoritas.

Griffin se echó a reír con aquella risa irónica tan franca y atractiva que compartía con su hermana Mared. Liam, bostezando, escuchó a su hermano. Tenía su misma planta: era alto y musculoso, y tenía el pelo castaño oscuro y los ojos verdes como el brezo. Sin embargo, no era en absoluto tan corpulento como Liam; tenía más del aire esbelto de un aristócrata que de aquel físico de guerrero del que Liam se sentía tan orgulloso. Y era, la verdad sea dicha, un hombre muy atractivo, mientras que Liam, digamos... no lo era tanto.

Riéndose todavía, Griffin se dirigió hacia la vieja puerta de madera.

—Voy a decirle a Douglas que en seguida lo atiendes. Y a nuestra querida madre le diré que desde luego que estaremos presentes en la cena.

Se agachó para salir de la cavernosa habitación de la torre. Allí habían dormido los antiguos señores de la familia Lockhart durante décadas hasta que uno de ellos

amplió la vivienda y construyó una enorme mansión aneja a la torre.

Una vez solo, Liam se levantó, dejó que las sábanas se deslizaran por su cuerpo desnudo, estiró los brazos por encima de la cabeza y se acercó a la estrecha abertura del muro por donde se veía el viejo patio.

Allí abajo lo esperaba Payton Douglas, luchando contra su propia sombra. Liam miró hacia el cielo, resignado: no había un solo escocés en todo el lago Chon que no se sintiera capaz de ser un buen soldado. Sin embargo, para conseguirlo hacía falta algo más que buenas intenciones; hacían falta valentía y agudeza. Él lo sabía perfectamente: se había labrado una carrera militar grado a grado en los regimientos de las Highlands durante los últimos diez años. Había alcanzado el elevado rango de capitán y había ganado no una, sino cuatro medallas de honor por sus hazañas en la guerra de la Independencia y en Waterloo. Sí, sabía algunas cosas sobre la carrera militar y consideraba que eran pocos los que tenían el carácter adecuado para ella. Eso era precisamente lo que le intentaba hacer comprender a Payton Douglas.

En el lago Chon era un secreto a voces que los Douglas y los Lockhart no se tenían un especial cariño; la desconfianza existía entre ellos desde hacía siglos. Liam no sabía qué era lo que había sucedido exactamente entre las dos familias, tan sólo sabía que Payton era un Douglas. Pese a ello, no podía hacer otra cosa que admirarlo: era un hombre competente, próspero en tiempos difíciles... aunque tampoco lo admiraba tanto como para ceder ante él lo más mínimo.

Liam vio lo que Douglas llevaba bajo el lujoso abrigo que lucía. Con una sorda carcajada de regocijo, se apar-

tó del ventanuco, fue hasta la silla donde estaba doblado el *plaid* y comenzó a vestirse.

Mientras esperaba a Liam (¿qué clase de hombre hecho y derecho se quedaba durmiendo toda la maldita mañana?), Payton se entretenía luchando contra su propia sombra en la pared del patio. No tenía la menor idea de esgrima, ya que nunca había tenido el lujo de que le dieran clases; sin embargo, había estado presente en varios duelos y estaba convencido de que no podía ser tan difícil. Lanzaba una estocada al frente y se retiraba, lanzaba una nueva estocada y su sombra volvía a hacerse pequeña sobre el enorme muro. Al poco ya se había aburrido del juego, así que se entretuvo imaginando que esta vez lo atacaban varios Lockhart a la vez. Daba vueltas sobre sí mismo blandiendo la espada en el aire, entonces giraba otra vez y se preparaba de nuevo para arremeter. En medio de su lucha imaginaria, Payton lanzó un repentino grito de sorpresa, dio un salto hacia atrás, chocó contra el muro y su vieja espada cayó al suelo.

—¡Por Dios, Mared, has estado a punto de matarme del susto! —dijo acaloradamente mientras intentaba recobrar el aliento.

La hermana pequeña de Liam, que había aparecido de forma inesperada, se encogió de hombros con indiferencia, sacudió por encima de éstos su larga trenza y se ajustó el pesado cesto que llevaba sobre la cadera.

—Deberías mirar adónde apuntas con esa cosa.

Vaya, era un consejo muy útil. Con los brazos en jarras, Payton miró a Mared de arriba abajo. No le sirvió de mucho, ella apenas se dio cuenta. Mared debía de ser la más exasperante de entre todos los malditos Lockhart (lo que

en sí ya era todo un logro, pues los Lockhart eran los seres humanos más irritantes que jamás había conocido).

La mirada verde oscuro de Mared se posó sobre el lugar donde yacía la espada.

—Resulta tremendamente inquietante comprobar que un hombre puede ser vencido por un muro de piedra, ¿no crees? —exclamó.

Sí, sin duda era exasperante, exasperante hasta la locura. Payton hubiera deseado con toda su alma que al menos no fuese tan bonita. Sin embargo, con aquel vestido color esmeralda a juego con sus ojos cualquiera se dejaría embrujar por ella (y había que hacer especial hincapié en lo de «embrujar», por supuesto). Payton se agachó, cogió su espada y comenzó a limpiar la suciedad de la empuñadura.

—Tienes la lengua tan afilada como un cuchillo —dijo mirando por encima del filo—, pero que me parta un rayo si no eres tan hermosa como un luminoso día de verano.

Mared hizo una mueca y dijo con un resoplido:

—Tus galanterías no te servirán de nada, Douglas.

—¿Acaso no se debe admirar la belleza?

Los ojos de Mared se entornaron; metió una mano en el enorme cesto que llevaba, sacó una mora y se la metió en la boca.

—Debes de haberme tomado por tonta —dijo mientras masticaba—. Sé perfectamente que no admiras la belleza; sólo te gusta la tierra. —Cogió otra mora—. Y preguntas por las posesiones de los Lockhart como si fueran tierras estériles.

Ajá. Así que se había enterado de las indagaciones efectuadas en Aberfoyle acerca del número de acres que los Lockhart dedicaban al ganado (averiguaciones que ha-

bía realizado con mucha discreción, por otro lado). No sabía cómo había llegado eso a sus oídos. Tan sólo podía hacer conjeturas, pero se jugaba los ingresos de un mes a que aquellos ojos verdes habían tenido algo que ver.

—Vaya, eres una muchachita muy inocente —dijo mientras hacía un gesto de desprecio con la muñeca—; confundes la admiración de un hombre con tu estúpido orgullo.

—¿Estúpido orgullo?— gruñó, dando a entender su opinión y a continuación se comió otra mora—. Y tú confundes la ambición con siglos de historia, Douglas.

Ahora fue Payton quien resopló desdeñosamente. Después apoyó la punta de la espada en el suelo, justo donde los zapatos negros de Mared, llenos de rascadas, asomaban bajo el vestido.

—Una insensata y una testaruda, eso es lo que eres, Mared Lockhart. ¿Te atreves a negarme que las posesiones de los Douglas y las de los Lockhart serían más prósperas si se unieran?

—Chico, has debido de perder la cabeza. ¿Por qué iba un Lockhart a aceptar jamás unirse con un Douglas?

—Porque él... ella... en el caso muy improbable de que algo así llegara a suceder, doblaría los beneficios de su finca, tendría una mayor superficie de pasto para las ovejas... Por eso.

Mared estaba atónita. Parpadeó.

—Creo que estás loco de remate —exclamó y se echó a reír—. Sinceramente, Douglas, ¿de veras piensas que cambiaríamos nuestras vacas por vuestras ovejas?

Payton la fulminó con la mirada. Hermosa o no, tenía la cabeza tan dura como todos y cada uno de los Lockhart que había conocido.

—¡Los Lockhart sois un hatajo de idiotas! Nunca afrontaréis la realidad. Nunca admitiréis que os estáis hundiendo en un mar de deudas y que vuestro ganado no os da lo necesario para vivir. ¡Ovejas, Mared, ovejas! Necesitan menos terreno de pasto y se pueden desplazar, mientras que tus estúpidas vacas ya lo han devorado todo a mediados de verano. Todo el mundo en el lago Chon sabe que de no ser por los ingresos que recibís de vuestros arrendatarios, no os podríais mantener a flote.

Mared estaba tan furiosa que sus ojos lanzaban chispas. Se recolocó el cesto que sujetaba con la cadera e hizo a Douglas un gesto admonitorio con el dedo.

—No te voy a permitir que me hables así... ¡Y nunca vas a poner tus sucias manos sobre las tierras de los Lockhart!

—¡Mared, cielo, no malgastes energías en ese pobre imbécil!

Mared y Payton se volvieron hacia Liam, que entraba en el patio caminando con decisión, con el *kilt* mecándose por encima de las rodillas y un grueso cinturón de cuero ciñendo la prístina camisa blanca que llevaba metida por dentro. Payton no pudo evitar una sonrisa: Liam Lockhart estaba fuertemente ligado a la tradición y al honor, y paseaba su orgullo escocés como si fuera una maldita insignia. Por otro lado, Payton admiraba sinceramente su lealtad. Y hasta el momento siempre había envidiado la vida de Liam. En más de una ocasión, Payton habría preferido marcharse a vivir aventuras como había hecho Liam en lugar de ir a estudiar a la universidad, como le obligó a hacer su padre.

Liam se detuvo a unos metros de Payton y de Mared; tomó posición sobre sus robustas piernas y sacó la es-

pada de la funda. La cogió como si apenas pesara, apuntando con ella al suelo, y examinó silenciosamente a Payton. A continuación le lanzó una pícara mirada a Mared.

—Será mejor que te apartes para que no te lastimemos, querida —dijo tranquilamente—. Así que Douglas quiere que le dé una pequeña clase de esgrima... ¿No es así, Douglas?

—Sí no tienes inconveniente... —respondió Payton de manera cordial.

—¡Bah, menuda estupidez! —murmuró Mared. Aun así hizo caso a Liam y se acercó al viejo y destartalado banco que había junto a la pared. Para espanto de Payton, dejó el cesto a un lado y se sentó, como si pretendiera quedarse a ver la lección.

—Así que quieres una clase de esgrima... —repitió Liam al tiempo que alzaba la punta de la espada y conseguía que Payton alejara su atención de Mared.

—Sí —asintió Payton—, he oído que nadie maneja la espada como Liam Lockhart.

Liam resopló y alzó el arma.

—Eso es verdad, soy el mejor. Nadie ha demostrado ser mejor que yo. —Avanzó un paso y luego otro, caminando en círculo mientras Payton esperaba de pie pacientemente, dejando que el capitán se tomara su tiempo. Liam se detuvo ante él y le tocó el botón del chaleco con la punta de acero—. ¿Alguna vez te has enfrentado a un hombre en un duelo de espadas?

—No.

Liam sonrió irónicamente.

—¿Me equivoco o sabes quitarte el abrigo tú solito? No vas a poder luchar así, embutido como una salchicha.

Payton le devolvió una leve sonrisa, se quitó el abrigo y, por si acaso, también el chaleco. Los lanzó al banco donde estaba sentada Mared. Ella sonrió con malicia, como si esperara verlo pronto reducido a finas lonchas. Payton no tenía muy claro si ella no se alegraría en tal caso. Se giró hacia su contrincante.

—Vamos a comenzar, ¿te parece?

Una amplia sonrisa de depredador se dibujó en los labios de Liam.

—*En garde!* —dijo tranquilamente. Al instante puso una pierna hacia atrás y reposó el peso sobre ella mientras proyectaba la otra hacia adelante, con la rodilla flexionada.

Payton, imitando el gesto, levantó también la espada. Sin embargo, Liam resopló, alzó la mirada al cielo en un gesto de desesperación y tocó con su espada la de Payton.

—¿Qué estás haciendo, Douglas? Ponte la mano en la cintura... y luego levanta la espada... Eso es, así se hace. Ahora tendrás que barrer mi espada hacia un lado o bien llevarla hacia abajo, ¿lo ves? —explicó mientras le hacía una demostración. Payton asintió con la cabeza y escuchó atentamente mientras Liam le explicaba la manera de lanzar un ataque, recuperar la posición e iniciar entonces otro ataque, apuntando a la cabeza, a los lados y al pecho—. La espada tiene que moverse antes que el cuerpo; tienes que tocar a tu oponente antes de que el pie llegue al suelo, ¿ves cómo lo hago yo?

—Sí —dijo irritado Payton.

Pasaron un rato practicando el ataque, con las piernas flexionadas, para volver luego a la posición de *en garde*. A continuación Liam le enseñó cómo esquivar los ataques, cómo defenderse de una arremetida, cómo rea-

lizar el paso cruzado, lanzar un ataque y hacer otro paso cruzado. Su técnica, descubrió Payton, era increíblemente delicada para un hombre de su tamaño. Él se sentía lento y torpe en comparación con Liam, y de ninguna manera resultaba tan ágil como él.

—Veo que ya has cogido la idea —dijo Liam, asintiendo, después de que los dos llevaran un buen rato luchando contra sus propias sombras a lo largo del muro del patio—. Vamos a ver ahora cómo te desenvuelves en el combate. —E hizo un rápido movimiento con la espada para acabar posándola sobre el cinturón de Payton, que se quedó petrificado.

Éste se miró la cintura y luego alzó la mirada hacia Liam con una sonrisa torcida.

—¿No pretenderás dejarme los calzoncillos hechos jirones, verdad que no?

Liam se rió por lo bajo.

—¡Levanta la espada, hombre! —le advirtió. Y le lanzó una nueva estocada que atravesó las abultadas mangas de la camisa de Payton. Repentinamente ambos comenzaron a moverse; Payton hacia atrás, retrocediendo con torpeza, intentando defenderse sin caer al suelo—. ¡Vaya! ¿Es que no has aprendido nada? ¡Los dedos de los pies tocando el talón, tocando el talón! —le gritaba Liam, pero entonces Payton chocó inesperadamente contra la pared y perdió la espada. Liam puso la suya en el cuello de Payton—. Vaya, vaya —dijo sacudiendo la cabeza—, ¡qué lástima! Parece que te tengo entre la espada y la pared.

Payton respiraba agitadamente. Los destellos de sol sobre el filo del acero de Liam le obligaban a parpadear. Pensó en Mared, que estaba presenciando su derrota, y se escurrió lentamente por la pared hasta quedarse en

cuclillas. Recogió su espada mientras Liam lo mantenía acorralado con toda tranquilidad. Bajó la cabeza e intentó recobrar el aliento.

—Ahora entiendo por qué dicen que eres el mejor, Lockhart.

—Gracias —sonrió Liam—. Tienes un buen brazo, pero no se puede decir lo mismo de tu muñeca —continuó—. Y debes recordar que has de mantener la mirada siempre fija en el mejor punto para lanzar una estocada.

Empuñando la espada de nuevo, Payton asintió mientras se incorporaba lentamente.

—Conque mi muñeca no es tan buena... —repuso—. ¿Y qué te parece esto?

Antes de que Liam pudiera contestar, Payton había lanzado un ataque que le cogió desprevenido. Éste atacó de nuevo, con los dedos de un pie tocando el talón del otro, una y otra vez, lanzando estocadas a la cabeza, al pecho y a los flancos, obligando a Liam a retroceder.

Ambos bailaron por el medio del patio con tal rapidez que ni siquiera Payton se explicaba cómo había sucedido todo. Él seguía manteniendo el control, seguía siendo el director de la orquesta. El chasquido rápido del acero al chocar atravesaba el aire de la mañana y dejaba su marca en todos los rincones. Liam parecía retroceder y Payton luchaba desesperadamente por mantenerlo en esa posición, lanzándole una estocada tras otra hasta que lo tuvo contra la pared. Entonces apartó la espada y lo inmovilizó clavándole el brazo en el cuello.

Para su sorpresa, lejos de estar indignado, Liam se reía.

—¿Parece que al menos un par de cosillas sí que has aprendido, eh? —le dijo.

En aquel momento, ágil e inesperadamente, Liam lo empujó y se escabulló de él, lo rodeó y le golpeó sobre el

pecho con toda la fuerza de su acero. Payton cayó con gran estruendo y se quedó tendido en el suelo, sin poder respirar. Al instante vio la figura de Liam, arriba, con una bota sobre su abdomen y la punta de la espada en su garganta. Había levantado la mano que le quedaba libre hacia el cielo en señal de victoria.

Por un instante, Payton pensó que lo iba a matar. Pero entonces Liam echó la cabeza atrás, comenzó a reír y le ofreció la mano para que se levantara. En algún rincón de su conciencia, Payton oyó cómo Mared exclamaba decepcionada:

—¡Vaya... Por el amor de Dios!

Esa misma noche, Carson Lockhart llegó a Talla Dileas desde Aberfoyle. Tras besar cariñosamente en los labios a su mujer Aila, le hizo un gesto a Dudley, el mayordomo de toda la vida, para que le sirviera una copa de whisky y limpiarse así la garganta del polvo del camino.

Aila dejó a un lado sus labores de costura y observó detenidamente a su marido. Llevaba casada con él treinta y ocho años y sabía leer en su mirada como en un libro abierto. A juzgar por su aspecto abatido, se veía que las cosas no habían ido bien por Aberfoyle. Aila esperó a que se relajara y a que tuviera en la mano el segundo whisky para preguntarle:

—Bueno, Carson, ¿qué noticias traes?

Su marido se turbó ante la pregunta. Pasándose los dedos por el abundante y canoso cabello, respondió:

—No traigo buenas noticias —reconoció—. No nos van a prestar ni un penique más, aunque se trate de una cuestión de vida o muerte.

No es que las malas noticias les cogieran por sorpresa, tan sólo que esperaban que fueran un poquito mejores. En los últimos tiempos, con las nuevas técnicas de cultivo y la pujante industria, la antigua finca de los Lockhart era cada vez más difícil de mantener, y la familia había contraído demasiados compromisos financieros con el Royal Bank of Scotland. Conforme aumentaban sus deudas, los Lockhart iban convenciéndose de que no podían mantener tantos arrendatarios, así que decidieron comprarles su parte a todos los campesinos que habían cultivado sus tierras durante generaciones. Les pagarían una buena cantidad y, al contrario que otros terratenientes, les dejarían quedarse en sus hogares. Sus intenciones siempre habían sido buenas, pero esos buenos propósitos poco a poco estaban llevando a los Lockhart a la bancarrota.

Aila miraba, pensativa, hacia las ventanas de gruesos cristales de lo que en tiempos fue el salón principal del castillo. Se preguntaba si su familia se echaría a reír ante la idea que había estado rumiando las últimas dos semanas. Era un plan bastante ridículo, ella era la primera en reconocerlo, pero, en vista de su acuciante situación económica, al menos merecía la pena plantearlo. Debían intentar lo que fuera antes de perder Talla Dileas y tener que marcharse a Glasgow, como tantos otros habitantes de las Highlands, a buscar trabajo. Sentía escalofríos sólo de pensar en aquella posibilidad; Carson seguramente se moriría si eso sucediera. Aila miró de nuevo a su marido, cuyos ojos comenzaban a entrecerrarse, se levantó y se acercó al sillón donde éste descansaba. Le acarició la cabeza y le besó la frente.

—Duérmete, mi amor —le susurró mientras cogía el vaso de whisky que aún sostenía—; ya hablaremos de esto en otro momento.

En comparación con el nivel de vida del que habían gozado anteriormente, a eso no se le podía llamar cena: constaba de unos pasteles de avena llamados *bannocks*, un urogallo más bien escuálido, un tazón de moras y un bizcocho.

—Apenas tenemos comida, señora —se había quejado a Aila a principios de aquella semana la esposa de Dudley, la cocinera—. No hay nada más que avena.

—Pues comeremos pasteles de avena —respondió Aila tajantemente, frustrada por su situación, cada vez de mayor pobreza.

Después había enviado a su hijo Liam al bosque para que cazara alguna pieza. Además, podían comer moras gracias a los esfuerzos de Mared, que había subido diligentemente hasta lo alto del Din Footh para cogerlas. Por último, habían hecho un bizcocho con un poco de fruta pasada. Ésa era la comida que les esperaba hasta primeros de mes, cuando llegara el dinero de los arriendos. En resumen, los Lockhart sobrevivían con las pocas existencias que les quedaban.

Cuando la familia se sentó a la mesa, todos pasaron por alto con educación lo escaso del menú y bebieron cuidadosamente del poco vino que les quedaba.

Aila miró la mesa y observó a sus hijos lentamente. Todos eran personas viajadas y bien educadas. Ella y Carson lo habían hecho posible antes de que las circunstancias empeoraran.

Ahí estaba Liam, alto y fuerte, el soldado altivo. Era el más inquieto de los hijos, el que siempre se quejaba de la poca actividad que había en el lago Chon y alrededores. De niño había sido el más problemático: se peleaba

tanto que su cara siempre estaba llena de magulladuras. Ahora, como consecuencia de una herida sufrida en la batalla de Waterloo, una cicatriz irregular le cruzaba el rostro y era tan reciente que aún tenía un color rojo intenso. Todavía hoy, con treinta y cinco años, un mes después de su llegada del continente, el carácter agitado de Liam resonaba por toda la casa. En el poco tiempo que había pasado desde su vuelta ya se había visto envuelto en dos peleas, le había enseñado esgrima a tres personas y dos veces por semana arrastraba a su hermano Griffin contra su voluntad hasta las profundidades del bosque en busca de caza. Según él, todo lo hacía para no perder sus habilidades como soldado.

Luego estaba Griffin, el hijo mediano. Al igual que el padre de Aila, a quien se parecía extraordinariamente, era muy atractivo y elegante, y mostraba mucho más interés por los eventos sociales que por la caza o la guerra. Al contrario que Liam, Griffin prefería las riquezas de la vida ociosa y se mostraba ambicioso al respecto. Ansía poseer un estatus social al que Aila temía que la familia no pudiese acceder. Sin embargo, era precisamente él quien los mantenía activos, quien los hacía seguir adelante: alentaba a su padre constantemente para que emprendiera arriesgadas empresas que aumentarían el rendimiento de sus posesiones. Dadas las circunstancias, Aila no podía discutir esa manera de pensar, pero Carson, en cambio, no sólo se atrevía a discutirla, sino que lo hacía constantemente. Que Dios la perdonara por decirlo, pero su marido estaba demasiado chapado a la antigua y era incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos.

Finalmente estaba Mared, su niña, la hermosa Mared, víctima del estigma ridículo por el cual no podría

casarse hasta que no le hiciera frente al mismísimo diablo. Mared no creía demasiado en esas tonterías (ni ningún miembro de la familia, a decir verdad), pero los lugareños y la gente de los alrededores del lago Chon sí. Ella sabía que la miraban como si fuera un bicho raro y susurraban a sus espaldas. Hacía mucho tiempo, desde que era tan sólo una niña, que Mared había abandonado toda pretensión de vencer la maldición y quería vivir como ella deseaba. Estaba convencida de que no tenía nada que perder en esta vida, pero, por desgracia, tampoco tenía mucho que ganar.

Aila hubiera hecho cualquier cosa por las cuatro personas que compartían la mesa con ella. Cualquier cosa. Incluso violar las leyes; de todas formas, sabía que los ingleses juzgarían ilícito su plan, incluso si no lo era.

Liam devoró con agrado la cena, indiferente a la falta de variedad, obsequiando a los demás con varias historias sobre la clase de esgrima con Payton Douglas.

—Ha sido un buen combate, eso se lo reconozco —comentó—; un poco más de práctica con un buen maestro y podría ser un buen soldado, sin duda.

Mared refunfuñó:

—Hablas como si fuerais amigos, Liam —dijo a su hermano mayor con tono de censura—. ¿Acaso lo has olvidado? ¡Es un Douglas! Y tampoco se le ve prometedo con la espada...

—¡Por favor, Mared, hay que ver con qué frialdad hablas de nuestro vecino! —replicó Griffin entre risas—. Deberías ser un poco más amable con él, dado que pasas por delante de su casa constantemente —añadió, mientras le daba vueltas a la carne en el plato distraídamente—. Además, no finjas ahora que no sientes una especial debilidad por los Douglas...

Las hermosas mejillas de Mared se tornaron de un intenso color rosado. Miró boquiabierta a su hermano:

—¿Cómo te atreves a decir semejante canallada, Griffin? ¡Me cortarías las venas y me dejarías morir desangrada antes de encontrar un hueco en mi corazón para un Douglas!

—¡Venga, hombre! —dijo Carson bruscamente con la boca llena de pastel de avena—. Tampoco es que el chico sea tan malo, ¿verdad que no?

Horrorizada, Mared clavó la mirada en su padre mientras Griffin y Liam se reían.

—¡Padre, no sabes lo que estás diciendo! —exclamó, lanzando una mirada de odio a sus hermanos—. Entonces, ¿habéis oído lo que me ha dicho esta mañana?

—Sí, que su corazón había extendido las alas y se había posado en tu ventana, pero que tú no le dejabas entrar —contestó Griffin en un tono poético que le arrancó a Liam una sonora carcajada.

Mared se aferró al borde de la mesa y miró fijamente a su padre.

—Me dijo que si realmente deseábamos salvar nuestras posesiones debíamos unir las a las de los Douglas y cambiar nuestras vacas por ovejas.

El comentario dejó a todo el mundo helado. Liam y Griffin se inclinaron hacia adelante al mismo tiempo, mirando a su hermana menor con ceño.

—No has debido de entenderlo bien, Mared. Payton no te ha podido decir semejante cosa —se atrevió a responderle Griffin.

—¡Sí que lo dijo! —respondió ella—. Me dijo: «¿Te atreves a negarme que las posesiones de los Douglas y las de los Lockhart serían más prósperas si se unieran?» Yo le respondí que debía de haberse vuelto loco.

—¿Que dijo qué? —gritó Griffin.

—Que todos prosperaríamos si uniéramos nuestras tierras en lugar de mantenerlas separadas —respondió dirigiendo una sonrisa arrogante a sus hermanos.

Durante unos momentos nadie dijo nada, hasta que Griffin se atrevió a opinar:

—Realmente, padre, lo que dice es razonable.

—¡Y un cuerno, razonable! —gritó Carson—. ¡Que me parta un rayo si un Douglas llega jamás a poseer una mísera piedra de las posesiones de los Lockhart!

—¡Debería haberle rebanado el culo cuando tuve oportunidad esta mañana!

—¡Liam! —le interrumpió Aila.

—Así que los Douglas quieren nuestras tierras, ¿no? —preguntó Carson. Mared asintió con enfado—. Y no hay una maldita cosa que podamos hacer al respecto, teniendo en cuenta las deudas que acumulamos —se lamentó.

—La verdad, padre —apuntó Griffin—, es que las reses nos están haciendo perder dinero.

—¡No pienso cambiar nada de la forma en que los Lockhart han trabajado durante los últimos cinco malditos siglos, Griffin!

—Quizás haya otra solución, queridos —se atrevió a decir Aila.

Sus palabras atraieron la atención de los cuatro.

—¿Qué? —inquirió Carson.

Aila dejó la copa de vino sobre la mesa y los miró a todos.

—Tengo algo que deciros —continuó—. Quizás penséis que me he vuelto loca, pero he estado leyendo un libro escrito por el padre de vuestro padre, una especie de historia de la familia. En él se menciona la trágica

muerte de la primera dama de Lockhart. ¿Os acordáis de ella, de cuando la estudiasteis, no?

Mared asintió con gran interés, Griffin hizo un gesto de aburrimiento y Liam la miró sin comprender.

—¡Bah, Aila! ¿No irás a creerte ahora la historia de la maldición? —refunfuñó Carson.

—Por supuesto que no, Carson —se rió Aila—. A mí no me interesa la maldición, lo que me interesa es la bestia.

—¿La bestia? —se burló Liam—. Las bestias no existen, mamá.

—Ya lo sé —terció ella, educada pero tajantemente—. Pero lo que sí existe es la estatuilla de una bestia realizada en oro, con rubíes en los ojos, en la boca y en la cola. Fue un regalo que la primera dama de Lockhart recibió de su desventurado amante como muestra de amor. —Eso logró captar la atención de todos. Aila continuó contándoles la historia de cómo Anice de Lockhart entregó la figurita a su hija, de cómo la hurtaron luego los Lockhart ingleses, de cómo la robaron entonces los Lockhart escoceses y así sucesivamente hasta que la historia se perdía en el recuerdo—. El caso es que la estatuilla ha estado en Inglaterra desde la revuelta jacobita —concluyó—, pero nos pertenece y dicen que vale una pequeña fortuna.

Los verdes ojos de Griffin se iluminaron.

—¡Que Dios te bendiga, madre! —exclamó—. ¿No estarás proponiendo lo que yo creo?

Aila sonrió.

—No comprendo nada —dijo Mared con la mirada puesta en Griffin.

—Si la figura nos pertenece, entonces la podríamos vender. ¿Lo ves, padre? ¡Con todo ese oro y con los rubíes tendremos suficiente para saldar nuestras deudas!

—Sí, ya veo —respondió lentamente mientras desviaba la mirada hacia Aila—. Pero ¿qué le hace suponer a tu madre que la vamos a recuperar? Ya sabes lo que dicen de esa condenada estatuilla: que es de los ingleses porque siempre se acaba escapando de las manos del escocés que la posee.

Buena pregunta... Una pregunta para la que Aila no tenía respuesta.

—No he podido pensar en todo, Carson —dijo mirándolo con severidad—, pero no creo en nada que tenga que ver con la magia y las maldiciones. La bestia está en Inglaterra porque los Lockhart ingleses se la robaron a los escoceses, y alguien tendrá que quitársela a ellos de nuevo para traerla de vuelta.

—¿Robarla? —gritó Mared.

—Yo iré a buscarla —dijo en seguida Liam cargado de solemnidad.

—¡Oh, Liam, no estaba pensando en que fueran mis hijos! —intervino Aila rápidamente.

—Lo digo en serio, madre —insistió Liam sacudiendo la cabeza con impaciencia—. Has tenido una magnífica idea y no me negarás que soy la persona idónea para ese cometido. Soy capitán del ejército, recuérdalo, capitán del regimiento militar mejor considerado de toda la corona británica.

Ya que nadie parecía entender adónde quería llegar, Liam refunfuñó:

—Se me ha entrenado para este tipo de acciones, ¿no?, para encontrar cosas. Y si algo saliera mal, yo soy el más adecuado para controlar la situación.

—Sí, claro que lo eres! —dijo Mared, que en seguida estuvo de acuerdo—. Esta mañana lo vi batirse en duelo, madre, y es de veras muy bueno.

—No quisiera que tuviera que batirse contra nadie, Mared —respondió Aila.

—Además, él ya ha estado en Londres —apostilló Griffin—. Asistió allí a la escuela militar, donde pasó un año...

—... período en el que conocí a nuestro primo Nigel Lockhart, un hipócrita de los que sacan de quicio —recordó Liam con brusquedad.

Aila miró discretamente a Carson. Sus ojos, de un verde grisáceo, centelleaban emocionados. Su marido asintió:

—Sí, mi amor, tienen razón. Nuestro hijo Liam es la persona idónea. Sólo tenemos que elaborar un plan.

Liam reposó un brazo sobre el respaldo de la silla.

—Tengo una idea —les anunció y, con absoluta confianza, desplegó el siguiente plan: se iría a Londres y se haría amigo del primo Nigel—. Será como quitarle un caramelo a un niño —se burló Liam.

La idea consistía en presentarse ante él como un Lockhart escocés desengañado y deshonorado.

—No te será muy difícil meterte en el papel —dijo Griffin en broma.

Teniendo en cuenta que a nadie le disgusta un poco de cotilleo, especialmente si se airean los trapos sucios de la familia, a Liam no le costaría demasiado congraciarse con Nigel para que éste lo invitara a la casa de los Lockhart en Londres, donde encontraría la estatuilla.

Una vez localizada, solamente tendría que entrar en la casa amparado por la oscuridad de la noche. Entonces la cogería con sumo sigilo («estoy condenado a ser un genio», les dijo Liam, orgulloso de su idea) y se alejaría de allí. Para cuando los Lockhart ingleses se dieran cuenta de la desaparición de la dichosa figurita, él ya estaría a mitad de camino entre Inglaterra y Escocia.

Cuando dejaron el comedor y se acomodaron en el enorme y antiguo salón, los cinco Lockharts escoceses ya habían discutido el plan desde todos los ángulos posibles. Ahora estaban plenamente convencidos no sólo de que funcionaría, sino de que resultaba brillante en su sencillez. Si hubieran tenido los brazos un poco más largos, habrían acabado agotados, tal fue el número de palmaditas en la espalda que se dieron unos a otros.